

Hacia la auténtica liberación del Hombre Universal*

Pérez, Carlos Andrés

Carlos Andrés Pérez: Presidente de Venezuela.

*Discurso pronunciado en la Reunión de Dirigentes Políticos de América y Europa por la Solidaridad Democrática Universal. Caracas, 22-25 de mayo de 1976.

Agradezco muy cordialmente las palabras del señor Primer Ministro de Austria, el compañero Kreisky. Expresan, estoy seguro, el sentimiento de solidaridad y simpatía de la Social Democracia europea con la América Latina.

Esta mañana tuvimos oportunidad de escuchar de ese extraordinario líder de Europa, el compañero Willy Brandt, una interpretación de las ideas centrales de la Social Democracia, de sus conceptos fundamentales sobre el hombre y la política internacional. Le oímos con entusiasmo su definición de la libertad, como valor esencial de la humanidad. También esta mañana nuestros amigos europeos pudieron escuchar de labios de Rómulo Betancourt, este gran conductor de la democracia latinoamericana, un análisis, cabal de la realidad de nuestro subcontinente latinoamericano, la historia de sus luchas por la libertad y la democracia, y una explicación de la posición latinoamericana frente al mundo frente a nuestra propia circunstancia histórica.

En esta noche, el ilustre Jefe del Gobierno de Austria ha complementado la exposición del compañero Willy Brandt, refiriéndose concretamente a los problemas de la Europa de hoy y de nuestro mundo y a las soluciones que se le ofrecen a la ley de la acción de la social democracia para hacer realidad esa aspiración de la humanidad entera, de paz, de concordia y de entendimientos solidarios, que nos permitan, en la conflictiva situación del mundo, encontrar el camino de la confraternidad que haga posible la convivencia con bienestar para todos los continentes, para todos los hombres y mujeres que habitamos el planeta tierra.

Queridos amigos de Europa:
Compatriotas latinoamericanos:

Les doy la más cordial bienvenida a Venezuela. Nuestro pueblo se honra ofreciéndoles sincera acogida y por mi voz les presento saludo efusivo. El Partido Acción Democrática, soporte fundamental del Gobierno y guía de la opinión mayoritaria de Venezuela, de la cual mi gobierno es expresión y fiel intérprete, es el anfitrión en este coloquio informal que sabemos ha de ser fecundo.

Esta reunión de personalidades, líderes de organizaciones y movimientos políticos democráticos, orientados en las corrientes del pensamiento de la social democracia, dentro de la diversidad que constituyen con sus propias características nacionales, se identifican, sin embargo, en la exaltación de la libertad y la justicia como categoría de valores primordiales. Si a la circunstancia de esta diversidad en el conjunto, tan prometedora para el diálogo y el intercambio, se añade la del común denominador de los objetivos y la de reunir aquí personalidades ilustres de dos continentes, la perspectiva gana, sin duda, en optimistas posibilidades.

La necesidad de un cambio de rumbo

Este encuentro se hacia desde hace tiempo necesario y era ya urgente e inaplazable. Si echamos una mirada retrospectiva veremos cuán lejos hemos estado Europa y la América Latina. Aun cuando parece ahora natural que se produzca esta aproximación, propiciada por los acontecimientos que conmueven al mundo, estimulada por coincidencias ideológicas que nos acercan en la interpretación y en los propósitos frente a la circunstancia que vive la humanidad entera. Porque es una opinión compartida en todos los continentes y países, que el mundo atraviesa en estos instantes una de las fases más difíciles de la historia.

Comprender la gravedad de la situación y la imperiosa necesidad de un cambio de rumbo, es factor esencial para estrechar los nexos entre movimientos políticos afines de Europa y de América Latina, vale decir, del Tercer Mundo y los países industrializados, para emprender juntos las rectificaciones que nos rescaten de esta situación intolerable que amenaza con desquiciar la paz y sembrar de nuevas tragedias las rutas del entendimiento, de la coexistencia entre los pueblos.

Los intentos que hoy hagamos para resolver los problemas que nos confrontan tendrán importancia decisiva para el futuro de la humanidad, en muchas de las décadas siguientes.

La experiencia del presente siglo, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial, cuando parece que los afanes del hombre adquieren velocidad que lejos

de disminuir se acrecienta al paso de los años, consiste en la variedad de tentativas para encontrar la salida del problema que dejó planteado el Siglo XIX. Esto es, solucionar las incertidumbres y contradicciones que acompañaron al nacimiento y ascenso del sistema de producción capitalista. Para decirlo con mayor amplitud, de la sociedad que se forjó por obra de la primera revolución industrial.

Los grandiosos ideales de libertad, igualdad y fraternidad que conformaron el planteamiento ideológico de la revolución industrial, y a los cuales la revolución francesa y la revolución americana, a finales del siglo anterior, imprimieron amplitud universal, no se corresponden con las consecuencias económicas y sociales del triunfo del sistema de producción capitalista sobre el feudalismo. Surgieron entonces, también, los intentos prácticos de edificar en las márgenes de la sociedad capitalista paraísos artificiales, inspirados en una visión de retorno a la naturaleza. De todo lo cual nació una concepción socialista que se subdividió en escuelas que reclamaban para sí la preeminencia considerándose poseedoras exclusivas, unas con respecto a las otras, de la fórmula para solucionar los problemas sociales engendrados y planteados dentro de la sociedad capitalista.

La libertad y el bienestar económico

A nuestro siglo le ha correspondido el difícil cometido de llevar a la práctica las ideas sociales heredadas del anterior. La tarea tenía como supuesto y objetivo la conjugación de la libertad con el bienestar económico. No es la ocasión para examinar los desenvolvimientos ocurridos en el campo de la teoría y la práctica, para realizar ese objetivo doble y único. Sí, quiero observar que poco a poco se fue esbozando, hasta tomar perfiles definitivos, la tesis según la cual había que separar los dos términos, prescindiendo de uno de ellos y concentrando todos los esfuerzos en la realización del otro. En otras palabras, había que prescindir de la libertad para dedicarse enteramente a la satisfacción de las necesidades económicas o viceversa. En términos políticos, esto quería decir sencillamente que había que sacrificar la democracia a las bondades de la seguridad material, del beneficio económico. Se argumentó que así como el desarrollo del capitalismo creaba cimientos para el paso del socialismo, la dictadura de la burguesía tendría como heredera legítima a la dictadura del proletariado, cuya misión histórica consistía en crear los fundamentos materiales para la restauración de una libertad tan amplia como no ha existido en ningún momento a lo largo del desenvolvimiento de la humanidad.

Tal es el esquema que desde el final de la primera guerra mundial y hasta el presente se ha intentado realizar, primero en un extremo de Europa y luego en otras partes del mundo. En esta década de los años 70 ya podemos verificar los resultados y señalar las consecuencias de lo que pretendió ser en su inicio el gran experimento. La tesis de la dictadura del proletariado dio lugar al partido único, basado en el concepto de que las masas por sí mismas eran incapaces de comprender la realidad y de dirigir y conducir la transformación social hacia las metas anheladas. Se requería un grupo de hombres capaces de interpretar mejor que las masas mismas los sufrimientos y las aspiraciones de ellas y de sustituirlas en la tarea de la liberación. La pretendida dictadura del proletariado llevó a la entronización del partido único sobre las masas, del Comité Central sobre el Partido y de un hombre sobre el Comité Central y esto desembocaría en lo que se señaló tardíamente como el culto de la personalidad.

La lucha contra la dependencia económica

De aquí que sea tan oportuna esta reunión. Diría que su primer objetivo tendría que ser la claridad. Es indispensable que los planteamientos que se ofrezcan y las posibles conclusiones de esta reunión que se celebra en América Latina, contribuya a que sus pueblos adquieran mayor capacidad para el exacto conocimiento de las complejas circunstancias en que vivimos, de la magnitud de los problemas que envuelve un desarrollo económico que sea a la vez un desarrollo social, logrado dentro del único método que ha demostrado su idoneidad para el combate contra las desigualdades económicas y sociales: el de la libertad, la democracia pluralista, y la libre discusión. Sólo por esa vía puede lograrse la concentración de esfuerzos para alcanzar el objetivo de la liberación nacional, de la liberación de la América Latina, de la auténtica liberación del hombre universal.

La alta calidad intelectual y la experiencia que suman el conjunto de ilustres personalidades aquí reunidas, garantizan los resultados de la reunión. Estoy seguro de su franqueza y de la cabal fidelidad de sus palabras al pensamiento. Todos los participantes han acreditado autoridad para decir la verdad y para actuar con sujeción a sus ideas. Es así como ocupan posiciones sobresalientes tanto en el orden intelectual como en el ejercicio de funciones públicas en sus respectivos países. Cada uno no ha vacilado en la hora de la prueba, en defender la libertad. Por eso justamente están aquí. Todos han venido sólo con el objeto de ofrecer a los pueblos de la América Latina su contribución a la lucha de las naciones de nuestra América contra la dependencia económica, cultural y política que tiene como causa y como efecto el subdesarrollo y todas las calamidades inherentes a él.

La América Latina, compañeros de Europa, está en el camino de su liberación. Camino que sólo será seguro en el grado en que nuestros pueblos asimilen la lección del Siglo XX. Esta lección que debemos enseñar con decorosa firmeza, es la de que no se libera al hombre mediante la dictadura, cualquiera que sea su signo; de que la humanidad no se redime al costo de la humillación, del sometimiento y el desprecio.

El papel del capitalismo

Los ilustres compañeros europeos aquí presentes deben recordar y yo me permito convocar su reflexión, en torno al papel que ha cumplido el capitalismo para establecer, entre las diferentes partes del mundo, relaciones de interdependencia cada vez más fuertes, y que por razones históricas esa interdependencia se ha edificado sobre cimientos de desigualdad, sobre la dependencia. Durante tres siglos, como se ha dicho hasta el cansancio, en el orden internacional el capitalismo ha alcanzado una división del trabajo en la cual un grupo de países ha logrado altísimo grado de progreso a costa del atraso y la explotación de las cuatro quintas partes de la humanidad. En el terreno del intercambio, vastas regiones y continentes han funcionado como proveedores de materias primas depreciadas tradicionalmente y como compradores de manufacturas o de tecnologías sobrepreciadas. Esta relación secular ha llegado a su fin. La interdependencia mundial sólo puede funcionar sobre bases de igualdad y equivalencia. Ningún grupo de naciones, por poderosas que sean, podrá ahora imponer condiciones a las demás. La presencia del Tercer Mundo como poder de decisión, la crisis energética y la acción de la OPEP, han puesto en claro la vulnerabilidad de todos los países. Este es el desafío planteado a la humanidad en el último cuarto del Siglo XX. La interdependencia de las naciones que dio lugar a la dependencia de las más, ahora se relaciona indisolublemente con la interdependencia de los problemas, y así estamos arribando al concepto justo, equitativo y cierto, de la interdependencia que haga posible el nuevo orden económico internacional.

El orden creado por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial se ha destruido a sí mismo. La vanidosa seguridad afianzada en el poderío bélico, en el prodigioso desarrollo tecnológico y en la riqueza acumulada por el avance industrial y la consiguiente prosperidad de sus naciones, se ha desvanecido ahora, en este momento de la humanidad, cuando se reconoce que la prosperidad que no es compartida tampoco es duradera.

Los países en desarrollo son la clave para resolver el desafío que por delante tiene la humanidad. Se requiere del esfuerzo concertado de todos, países en desarrollo y países industrializados, para obtener en términos de justicia y estabilidad, el beneficio para todos los pueblos, cualquiera que sea su régimen económico y social. Este es el nuevo concepto de la interdependencia, como factor de equidad y equilibrio entre los pueblos débiles y los poderosos.

Las naciones hasta ahora dependientes, como somos las de América Latina, cuyos recursos naturales sufrieron todas las depredaciones del capitalismo y fueron dominadas desde los centros del poder económico mundial, han despertado a la conciencia de los derechos que las ponen en plena posesión de sus recursos. La poderosa expansión del capitalismo, con el surgimiento de las transnacionales, ha situado a los pueblos de la América Latina y a los del Tercer Mundo en general, hasta ahora dependientes, en la única alternativa de unirnos para la defensa y valorización de recursos y manufacturas frente a la otra, de enajenación de recursos naturales y del trabajo productivo en favor de los centros de poder económico tradicionales.

Para examinar el contenido y las perspectivas de la democracia social en cuanto a las posibilidades que existen dentro de ella para la solidaridad y cooperación internacional, conviene considerar ciertos hechos y recordar algunos conceptos teóricos a fin de orientar y prever cursos de acción para el futuro.

Los continuos y acelerados avances tecnológicos producen modificaciones en la estructura económica y social. Tales modificaciones no suelen percibirse inmediatamente. Circunstancia que determina que la política resulte frecuentemente atrasada con relación a las realidades de su tiempo.

Vale la pena preguntarnos si no estará ocurriendo algo de eso. Por cuanto, si esto es así, los planteamientos teóricos, relativos al contenido y las perspectivas de la democracia social y, sobre todo, a las posibilidades de solidaridad y cooperación internacionales entre estos partidos de América Latina y aquellos de las naciones industrializadas, podrían resultar ajenos a las realidades y por consiguiente, inútiles o ilusorios. Con franqueza debemos hacernos esta consideración.

La cooperación internacional

No ha existido coordinación entre nuestros partidos latinoamericanos y menos todavía con los partidos socialistas, social demócratas o afines de Europa u otros

continentes. Cada cual actúa por su cuenta, de acuerdo a las circunstancias locales. Cada cual logra o impone las reformas estructurales que están a su alcance y algunas veces lo han obligado a abandonar el poder por procedimientos antidemocráticos. Dolorosamente muy frecuente en América Latina, consecuencia de la inestabilidad económica que es producto, a su vez, de la interminable explotación de nuestras riquezas y de nuestro trabajo por los países industrializados.

Ideológicamente nuestros partidos se sienten inspirados en las mismas fuentes de origen europeo y, por consiguiente, se sienten más o menos solidarios con los partidos y los movimientos políticos similares del viejo continente. Por ello parece lógico esperar alguna forma de cooperación internacional entre unos y otros partidos de los dos mundos, por lo menos cuando ejercen el poder simultáneamente en sus respectivos países. Pero tal cooperación internacional no se ha procurado, hasta este primer intento, por iniciativa del Partido Social Demócrata de Alemania y del Partido Acción Democrática.

Los latinoamericanos esperamos de los Partidos Social Demócratas que están en el Poder en Europa no sólo su acuerdo sino su solidaridad y cooperación para los procesos de nacionalización o recuperación de nuestros recursos naturales anteriormente enajenados; colaboración para mejorar las injustas características del intercambio comercial, y condiciones favorables para la transferencia de capital y tecnología. Pero ello no ha ocurrido. Y reiteramos hoy, que ningún auditor europeo más adecuado para recibir nuestro mensaje que la social democracia, que proclama la dignidad del hombre en libertad y la justicia igualitaria y distributiva, como los valores esenciales que deben conducir los destinos de la humanidad entera.

Sin embargo, sentimos una preocupación esencial. La primera y principal solidaridad de los trabajadores de los países industrializados, que son los que forman la mayoría militante de sus respectivos partidos socialistas o social demócratas, no es para con los trabajadores de los países marginales, sino más bien para con sus propios empleadores que son quienes les proporcionan salarios altos y buenas condiciones de vida, alimentación, vivienda y educación para sus hijos, gracias, en parte al menos, a las ganancias exorbitantes que les proporcionan sus filiales en los distintos países del Tercer Mundo. Esta es la verdad, que puede ser duro decirlo pero que no debemos ignorar si queremos analizar sinceramente el problema de la solidaridad internacional.

Esta contradicción entre los intereses económicos y las solidaridades políticas, se ha venido resolviendo, generalmente, mediante declaraciones y ofrecimientos suficientemente vagos e inciertos como para no comprometerse, pero sí alentar algunas esperanzas en los países no desarrollados y tranquilizar los grandes intereses económicos internacionales que se encuentran en juego.

Por un tiempo al menos, al parecer, no hubo mayores dificultades y así hemos llegado hasta el presente momento. Es en este último cuarto de siglo cuando los países en desarrollo se han preguntado si esto puede continuar igual.

Para fortuna de todos, entendemos que los países altamente industrializados tienen que darnos plena comprensión porque les interesa tanto a ellos como a nosotros. En la medida en que perciban pronto que esto es así, de modo forzoso, y se dispongan a reconocerlo y a afrontar las responsabilidades, se irán creando las condiciones para el establecimiento de ese nuevo orden económico internacional cuyos fundamentos ya han sido delineados en la VI y VII Asambleas Extraordinarias de las Naciones Unidas y en otros foros internacionales.

El diálogo es un anhelo colectivo

Realizamos esta reunión en el mismo tiempo en que recibimos noticias desalentadoras, que esperamos sean transitorias, sobre la IV Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), en Nairobi. No han sido bien interpretados ni entendidos los buenos esfuerzos de los países en desarrollo. Las grandes naciones se aferran a privilegios que ya hoy resultan no sólo intolerables sino irracionales.

La Conferencia Ministerial sobre la Cooperación Económica Internacional convocada en diciembre de 1974 a instancias y por iniciativa del Presidente Giscard D'Estaing, con las modificaciones propuestas por los países del Tercer Mundo para no limitarla a la crisis energética sino que comprendiera además las materias primas, los problemas monetarios y la cooperación internacional para el desarrollo, y cuya última reunión se celebró previamente a la IV UNCTAD de Nairobi, tampoco ha sido satisfactoria y se desenvuelve dentro de la prevenida y preconcebida actitud negativa de los países industrializados.

Los países en desarrollo entendemos el diálogo, no como una "prueba de fuerza" entre dos categorías bien diferentes de países, sino como un anhelo colectivo de

naciones conscientes de su responsabilidad para construir una base firme al auténtico progreso democrático para la humanidad.

El empeño es para promover un orden internacional más justo y racional, mediante el cual se le asegure a cada nación una auténtica posibilidad de desarrollo y bienestar para su pueblo, al propio tiempo que se aporte una cuota parte de responsabilidad al sostenimiento de la paz y la armonía entre las naciones. Mientras haya miseria en el mundo es fariseico hablar de paz; como es ilusorio hablar de desarrollo del Tercer Mundo mientras exista la dependencia.

Sobre Venezuela ha recaído el doble compromiso de copresidir, junto con el Canadá, las deliberaciones de la Conferencia, que llamamos Norte-Sur, y coordinar la posición del Tercer Mundo en su diálogo con los países industrializados. Conscientes de la magnitud de la tarea, asumimos serena y responsablemente esa demostración de confianza para con nuestro país y para con un distinguido compatriota, el doctor Manuel Pérez Guerrero.

Los países en desarrollo queremos depositar confianza en los países progresistas de Europa Occidental, muchos de los cuales son gobernados por regímenes social demócratas. Si de algo estamos conscientes es de que sin su decidida y activa cooperación no lograremos los propósitos de modificar y superar esquemas que perjudican seriamente las economías de los países del Tercer Mundo.

El futuro será muy incierto si no se cancela el desacuerdo entre los países industrializados y los países en desarrollo. Porque no hay que llamarse a engaño. Los países en desarrollo, lo que hemos dado en llamar el Tercer Mundo, pese a la diversidad que entre nosotros haya, no vamos a ceder una sola de nuestras justas posiciones y estamos dispuestos al pleno y soberano ejercicio sobre nuestros recursos naturales, a la par que vamos a defender sin vacilación y sin temores el poder adquisitivo de nuestras monedas, frente a los valores de importación que constantemente nos encarecen los países dueños de las tecnologías y de los bienes de capital.

No se vea en estas expresiones, queridos amigos de Europa, el menor deseo o propósito de confrontación, sino angustia y honda preocupación por los graves problemas que van a surgir de este desentendimiento. Si bien es verdad que la economía mundial ofrece signos optimistas de recuperación, los riesgos de una recaída, con repercusiones impredecibles en la comunidad internacional, están en relación directa con el diálogo iniciado que hasta ahora parece de sordos.

Las normas de auténtica justicia

Pienso que el Mercado Común Europeo, comprometido seriamente en este diálogo para la convivencia humana, debe hacerse más receptivo y cooperador en las soluciones afirmativas que abran claros horizontes a un mundo desconcertado y confundido. Debo decir con sinceridad, además, que no existe una concertación aceptable entre la América Latina y el Mercado Común Europeo. Ni de carácter bilateral ni mucho menos mediante entendimientos de carácter regional. A los ilustres líderes del Mercado Común aquí presentes, les pido cordialmente que sean portadores de este mensaje que, estoy seguro, puedo enviarlo en nombre de la América Latina, porque todos los países nos resentimos de un tratamiento discriminatorio. Aplaudimos los acuerdos de Lomé. Son expresión de grandeza y sentido humano de la solidaridad efectiva. Pero criticamos su espacio geoeconómico, la exclusión de los países que no fueron colonias europeas.

A pesar de las inevitables restricciones que me impone la condición de Jefe de Estado, más en Venezuela donde el ejercicio de la alta Magistratura obliga a temporal separación de la actividad partidista, no podía limitar mis palabras y desperdiciar la trascendente oportunidad para hacer este llamado a Partidos amigos de países del viejo continente, que forman parte de la comunidad económica de Europa y, desde luego, del grupo de grandes países industrializados que tienen en sus manos la suerte de la humanidad. Mis palabras, por eso, han querido ir más allá de decirles con la llaneza propia del hombre venezolano que aquí los recibimos complacidos y orgullosos de que aceptaran nuestra hospitalidad.

Las luchas de los hombres por el progreso y el bienestar no pueden ni deben circunscribirse a la frontera de sus patrias. Esa es, al menos, la ideología que decimos profesar. Los problemas del hombre nacional son los problemas de la humanidad entera y globalmente debemos analizarlos. Por eso deseo aprovechar esta ocasión para formular este llamado. Para pedirles que se conviertan en promotores de un nuevo y justiciero trato con los países en desarrollo y en el caso que nos ocupa, con la América Latina. Cada vez nos necesitamos más los unos a los otros. Superado el ciclo político económico de los colonialismos y las dependencias, deben transitarse ahora con franqueza el camino de las relaciones económicas equitativas y justas.

Un intercambio válido

Europa tiene en América Latina un interlocutor válido que puede ser puente con el Tercer Mundo. Jamás nos hemos negado ni cerrado la comunicación. Nuestra joven comunidad latinoamericana pertenece al mundo occidental. Nuestras lenguas provienen del viejo tronco latino y en las nuevas naciones del Caribe se habla mayoritariamente el inglés de la Gran Bretaña. Nuestros valores culturales son los del mundo occidental; y a la vez, en Europa estamos innegablemente presentes con nuestras materias primas y hasta en conceptos que desde el descubrimiento de nuestro hemisferio por un europeo, se han incorporado substancialmente a la vida de aquellas avanzadas sociedades. Si América Latina necesita de Europa no creo que sea exagerado o inmodesto declarar que también Europa necesita de América Latina. Todo eso conduce a hacernos ver, a ustedes y a nosotros, la conveniencia permanente de un intercambio que, conforme a los principios políticos que todos compartimos, no puede estar regido sino por normas absolutamente firmes de auténtica justicia. El cruce de experiencias, el intercambio de puntos de vista, la mayor y más efectiva comprensión de unos hacia otros, todo tendiente a la posible y conveniente solidaridad entre afines, está en la base de este encuentro informal que hará historia y, estoy seguro, será punto de partida de una moderna y efectiva relación entre Europa y América Latina, porque la estamos propiciando quienes tenemos decisión de hacer y contribuimos a construir la voluntad internacional de confraternidad entre los pueblos desde cada una de nuestras naciones.

La social democracia, como lo han afirmado nuestros admirados amigos, Brandt y Kreisky, no puede encerrarse egoístamente en las fronteras nacionales cuando se trata de la justicia internacional. Tampoco juzgar duramente los vicios y abusos del capitalismo inter-fronteras, para admitirle sus desmanes y atropellos sobre continentes y pueblos. Menos aún, que se haga tesis o práctica del Estado la explotación, para llamarse entonces imperialismo.

Los prodigios técnicos y la evolución científica y espiritual de la humanidad, han hecho que cada día la tierra nos parezca más pequeña y que las distancias cada vez sean más cortas. Pero la vecindad de los continentes, que se ha hecho más real que nunca con la velocidad de los descubrimientos tecnológicos, no se corresponde con los avances en la comprensión y en los entendimientos. Siempre cuesta a los intelectuales europeos percibir en su justo alcance el valor de las experiencias vividas en este lado del Atlántico. Vaya esta crítica formal en búsqueda afirmativa de la mejor y más honda comunicación entre los intelectuales de Europa y América

Latina. Una coordinación entre los Partidos Políticos Democráticos se nos presenta como una alternativa esperanzadora. Tenemos deberes comunes. Orientar un comportamiento plural y sumar esfuerzos es siempre útil. Lo que es más cierto, si se trata de practicar una coordinación libre, espontánea y cordial, como es la filosofía que cada una de nuestras organizaciones profesa, sin subordinación ni hegemonías. Pienso que lo más resaltante en esta Reunión es que se celebra inspirada por un efectivo respeto que rechaza la unanimidad, que no busca uniformidades, que promueve la consideración a todas las iniciativas.

Ilustres amigos de Europa,
Compatriotas de América Latina:

La democracia que tenemos en Venezuela quiere ser ejemplo y lección permanente de convivencia y respeto a todas las ideologías, incluso para aquellas que niegan desde el poder un trato idéntico a quienes ante ellas manifiesten la más leve discrepancia. Aceptamos la crítica y garantizamos su libre expresión. Estamos orgullosos de nuestras libertades. Las exhibimos ante América Latina como ejemplo y estímulo al sentimiento democrático de sus pueblos, porque estamos seguros que nuestro camino terminará siendo también el camino de todas las Patrias latinoamericanas.

Siéntanse ustedes como en casa propia. Hago votos porque esta reunión se constituya en semilla fecunda para futuras realizaciones que aseguren entendimiento cabal entre nuestros pueblos, que sea útil a los fines de la convivencia internacional que tiene hoy que traducirse en el diálogo sincero y abierto entre todas las naciones del mundo, para que la paz se afirme duradera y promisoria sobre un nuevo orden económico internacional, que podremos alcanzar con la cooperación de ustedes, compañeros de Europa.